

quitar las viejas puertas de cuarterones de las casas y sustituirlas por las que creyeron más elegantes de aluminio. A tirar la chimenea tradicional, convertir el patio de la casa o lo que fueron las cuadras en elegantes salones con chimenea a la francesa y cambiar los cántaros de barro por palanganas de plástico, como dejase escrito López de los Mozos.

Hubo una época, allá por la década de 1950, en la que se ideó una España, o una Guadalajara de castañuela y pandereta; a un señor Gobernador, se le ocurrió llamarlo "embellecimiento de los pueblos". Aquel embellecimiento consistía en pintarlos de blanco, encalar las fachadas, llenarlas de geranios reventones y darles una apariencia de higienización que hasta entonces no tenían. Y algunos se encalaron de abajo a arriba, convirtiéndolos en una especie de decorado de película. Claro que, afortunadamente, las voces de los pocos ilustrados que se escuchaban por la provincia no tardaron en hacerse oír, dando cuenta, además, de cómo debiera ser el trato urbanístico que se debía dar a nuestros pueblos, trato urbanístico, en muchas ocasiones, desafortunado: *"Deben prohibirse los edificios modernistas, y los enlucidos de colorines, en el casco urbano de aquellos pueblos o villas cuyo mayor atractivo son las edificaciones castizas y mansiones de tiempos pasados, para que se conserven como recuerdo de tiempos mejores. Bastardear con arreglos innecesarios es como sumirlos en el anonimato..."*. Desgraciadamente, muchos pueblos, por ese bastardeo, han perdido gran parte de su identidad.

Por la década de 1970, el cuerno de la sal, los calderos, el candil, los arrimaderos, la badila, los calentadores de cobre... son ya tiempo pasado y comienzan a dormitar entre telarañas y carcomas en los lugares más inverosímiles de las casas, y los quincalleros van de puerta en puerta a su búsqueda.

A cambio de los antiguos candiles de aceite ofrecen linternas a pilas, y colchones de muelles a cambio de los antiguos de lana, y platos de cristal por las cazuelas de barro, y muebles de cartón prensado por panzudas y carcomidas consolas, y ollas a presión en las que hacer en media hora el cocido, y objetos de plástico con los que jubilar a los botijos y a los baldes y a los cubos de cinc que los estañadores recomponían en un santiamén cuando perdían el agua a causa de un mal golpe, como de golpe se quedaron sin oficio y alguno que otro, como el tío Julián de Casillas, se vieron en la necesidad de ir de puerta en puerta pidiendo la caridad de Dios antes de terminar recogido a la del asilo de Sigüenza, donde rememoraba los años en los que, al llegar a cualquier plaza, no le faltaba la faena.

Entonces, cuando al tío Julián no le faltaba la faena, observaba cómo los que llegaban al pueblo por los meses de verano lo hacían en sus flamantes coches utilitarios. Porque llegar al pueblo en coche propio era todo un triunfo, señal de poderío, y había que dejarlo a la vista de todos, abrirle la barriga al motor y contar sus excelencias, como si todo el mundo entendiese de mecánica, pero así eran las cosas, lo primero enseñar el motor, después el *ya te daré una vuelta antes de irnos*.

Ahora se regresa a reconstruir, a valorar el pasado, a reedificar sobre el solar de un tiempo que, cierto es, no fue mejor, tan solo diferente. Se regresa a rescatar las antiguas tradiciones que fueron esencia de nuestros mayores; se regresa, a honrar la tierra en la que muchos nacimos, y amamantó nuestros sueños de infancia o de mocedad, en la distancia.